

PRÓLOGO

“Las chicas buenas van al cielo, las malas a todas partes”
“Cuando soy buena soy muy buena, pero cuando soy mala soy mucho mejor”
(Mae West, actriz)

“Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis”

(Sor Juana Inés de la Cruz)

Este volumen, el séptimo ya del Seminario Permanente sobre literatura y mujer: siglos XX y XXI, se adentra en la intrincada relación de la mujer con el concepto de bondad y maldad dentro de la cultura patriarcal. Un elenco de investigadores e investigadoras nacionales e internacionales examinan en los diferentes capítulos que firman cuestiones sobre la representación literaria y en las artes visuales de la buena y la mala señalando sus ambigüedades, contradicciones, paradojas y cambios.

El concepto moderno de mujer buena, y su antagónica mujer mala, nace en las postrimerías del siglo XIX cuando a la mujer se le otorga la posibilidad de la agencia del bien. El “ángel del hogar” que describiera el poeta británico Coventry Patmore en su poema homónimo (1854) se contrapone a lo que hasta entonces la mujer “ha sido” en el imaginario de la cultura patriarcal: la demoniaca y tentadora Eva.

Hasta este momento los actos de la mujer no son determinantes para denominarla buena. No encontramos personajes femeninos buenos que dirijan las riendas del devenir de sus vidas hasta que las cualidades del “ángel del hogar” nos son descritas. La mujer buena anterior lo es en sí misma sin que haya necesidad de un acto por su parte para serlo. Esta bondad inherente a las mujeres les he impuesta desde fuera, reconocida por un “otro” quien, en muchos casos sin ser ellas conscientes del hecho, las nombra y las declara buenas. En la cultura patriarcal occidental encontramos un claro refrendo a la cuestión planteada en la figura de la Virgen. María conoce su bondad absoluta, su inmaculada concepción, sólo cuando va a ser madre y el Ángel Gabriel la saluda como “llena eres de gracia” (Lc 1: 28). La bondad intrínseca a la mujer que ha sido concebida sin mácula, sin pecado y por tanto fuera de la maligna influencia del legado de Eva, es un hecho que acontece a la Virgen sin ninguna agencia por su parte. Más aún, se

convierte en un misterio del que se habla sin que ella tenga un decir en el asunto. Esta bondad femenina es el arquetipo que ha prevalecido en el imaginario colectivo. Es el arquetipo de la Dama de los romances caballerescos que se alza en ideal de pureza y bondad. Este ideal en realidad aparta a la mujer de su responsabilidad como hacedora del bien o del mal pues la Dama nunca aparece ni expresa sus opiniones sino que es construida en el lenguaje y adorada por el caballero totalmente desprovista de su corporalidad y de su agencia. En este volumen encontramos capítulos que socavan esta cuestión como el ensayo de Eulalia Piñero se centra en la escritora norteamericana Edith Warton y sus relatos góticos de fantasmas para demostrar como estos relatos desmontan la vulnerabilidad, la pasividad y la sumisión de la mujer incorpórea por medio de la utilización del género gótico que, según argumenta Piñero, le permite revisar la representación tradicional de la mujer y deconstruir la dicotomía buena-mala al uso.

Desposeídas de cualquier rasgo definitorio como sujeto (social y desde la Revolución francesa, político) y sin referente identitario concreto otro que el de ser verbalizada, la mujer queda relegada al espacio de la naturaleza y domesticada en el ámbito del hogar. La aparición del arquetipo de mujer como “ángel del hogar” supone, como decíamos al comienzo, la percepción de la bondad de la mujer desde la perspectiva de sus acciones y no como algo intrínseco a su devenir existencial (aún cuando la imagen del ángel mucho tenga que ver con el culto Mariano si atendemos a la coincidencia de que el misterio de María es proclamado dogma de fe por la Iglesia Católica en 1854, la fecha de publicación del poema de Patmore anteriormente citado).

Como es bien sabido, la Revolución Industrial supone la separación de las esferas pública y privada/doméstica. La mujer-ángel queda relegada al plano de lo doméstico siendo sus funciones las de buena hija, paciente esposa y abnegada madre. Para cumplir estas funciones la mujer se ha de entrenar en el arte de la discreción, el servilismo, el altruismo y la abnegación generosa. El “ángel del hogar” ha de esforzarse en ser pasiva y no tener ambiciones otras que las del bien de la familia, atractiva sin ser exuberante, simpática, agradable, sacrificada, pía y, sobre todo, pura. Dentro de esta percepción de la maternidad fuertemente inscrita en el imaginario de la cultura occidental el ensayo de Isabel Castelao nos ofrece un excelente y refrescante estudio de la maternidad con un análisis contrastivo, desde las teorías feministas que cuestionan los estereotipos de la buena/mala madre, de las prácticas y las poéticas maternas de la modernista Mina Loy y la poeta *Beat* Diane di Prima. Encontramos en este análisis experiencias maternas M. Almela; M. García Lorenzo y H. Guzmán (cords.) (2014). *Malas*. Madrid: UNED, pp.11-18 12

distintas a la proporcionada por el ángel del hogar que van desde la experiencia de Loy como madre ausente a la de di Prima que, como nos dice Castelao, es una madre errante que arrastra a los hijos a sus aventuras revolucionarias.

En realidad, la mujer gastaba tanta energía en poder asemejarse siquiera al arquetipo de “ángel del hogar” que no podían dedicarse a ninguna otra cosa. No es de extrañar que cualquier mujer con inquietudes diferentes al plano de lo doméstico encontrara esta sublimación del autosacrificio un paradigma de la opresión de la mujer y una cortapisa para su creatividad como mujer. Es por esto que Virginia Woolf comete uno de los crímenes mas crueles y horribles de la ficción de las letras británicas al clavar su pluma en el corazón de un arquetipo de mujer cuya bondad ahoga la creatividad femenina y en 1931 nos dice: “matar al ángel del hogar era una de las ocupaciones diarias de la mujer escritora”.

Sin embargo, la fuerza del arquetipo es potente. La familia se convierte en la familia sentimental y la fuerza del estereotipo impregna la concepción que la mujer tiene de sí misma y de su supuesto éxito en la vida que prefiere consumirse en vida que admitir su fracaso. Muchos serían los personajes literarios que seguro al lector le vienen a la mente, baste con mencionar aquí a Amelia en *La Feria de las Vanidades: una novela sin héroe* (1847-48) de William M. Thackeray donde la maestría del escritor británico nos muestra cómo las virtudes del ángel del hogar se tornan en vanidad cuando Amelia se niega a admitir que ha elegido al marido equivocado.

Como señala Julio Neira en su capítulo dedicado a la poesía de la denominada Edad de Plata, el primer tercio del siglo XX verá la lucha emancipadora de la mujer y con ella la aparición en las letras y las artes de heroínas en una sociedad machista. La rebeldía de estas mujeres aparece también en otras literaturas como nos muestra Margarita Alfaro, quien explora la obra de la escritora camerunesa Calixthe Beyala, la voluntad emancipadora de los personajes femeninos que pueblan la narrativa de esta autora, y cómo estos son autoficcionales y autoreferenciales. También en la literatura vasca, como argumenta Arantxa Fernández en su interesante ensayo, nos encontramos con personajes femeninos que están obligados, en este caso por profesión, a calibrar constantemente la bonanza de la supuesta bondad femenina. Fernández nos adentra en la obra de Ixaro Borda como creadora de Amaia Ezpeldoi, la única detective femenina de las letras vascas y su valiente cuestionamiento en clave feminista de la presencia de

ETA en el País Vasco-francés durante la década de los 80. No menos rebeldes son las mujeres que Antonio Lorente explora en su innovador capítulo donde el autor nos presenta un doble objetivo. Por un lado rescatar la figura de la soldadera y su poco reconocido papel, que el autor considera imprescindible, en la fase armada de la Revolución Mexicana. Por otro lado Antonio Lorente rescata y restituye esta figura por medio de un riguroso estudio de las escasas narraciones de la Novela de la Revolución en que aparece.

La escritora y poeta canadiense Margaret Atwood ha comentado la dificultad de incluir en la narrativa un hecho cotidiano en sí mismo y hacerlo interesante. Según Atwood, para que una historia tenga interés ha de tener una diferencia, una arista, algo que nos conmueva y agite nuestra imaginación. Es quizá por esto que no hay muchas mujeres buenas en la literatura universal cuya historia vaya más allá del dogmatismo o la moralina. Sin embargo, sí encontramos en la literatura y en las artes personajes femeninos cuya maldad les permite ser hacedoras de su propio destino. En el volumen que nos ocupa encontraremos personajes como Medea en el interesante ensayo de Helena Guzmán, cuyo periplo vital es demonizado por Eurípides en su tragedia homónima. En este capítulo Guzmán analiza la ópera *Médée* (1938), de Madeleine Milhaud, y muestra una serie de novedades que inciden en el perfil tradicional de Medea y de Creúsa. También Rosana Murias incide en este sentido de relectura del texto clásico, en este caso el personaje de Circe, quien, como inteligentemente desgrana Murias, se antoja en el epítome de la buena mala y la mala buena o la paradoja de buena y la mala según la moral que juzga y según criterios que responden, a menudo, a prejuicios de género.

Acude también a la cabeza la Lady Macbeth de Shakespeare, mala conspiradora, ambiciosa y sedienta de poder que no dudará en recurrir al asesinato para que su marido pueda acceder al trono de Escocia. Claro está que, bien mirado, Lady Macbeth no es sino el lado oscuro del ángel del hogar, el epítome de lo que socialmente se espera del comportamiento de cualquier esposa de alto ejecutivo en una cena de negocios. Quizá detrás del manido dicho que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer encontremos la silente historia de mujeres ambiciosas cuyos artificios están dirigidos a convertirse en las musas, la motivación y el pilar emocional para los maridos. Por esas irónicas vueltas de tuerca que depara el destino, hemos arribado de nuevo al puerto de la ambigüedad: una inesperada necesidad de elogiar el malvado comportamiento de Lady M. Almela; M. García Lorenzo y H. Guzmán (cords.) (2014). *Malas*. Madrid: UNED, pp.11-18 14

Macbeth que en el mundo contemporáneo sería el esperable y socialmente aceptado de buena esposa de un alto ejecutivo en el mundo empresarial. Claro que este papel de buena mala es tan destructivo como el de ángel y al final Lady Macbeth muere.

Lo que aparece más llamativo de lo expuesto en el libro es que los estereotipos tradicionales de mujer han sido dictados por los hombres en el patriarcado y esto, como vemos, supone una trampa mortal para la mujer. La originalidad del volumen que nos ocupa es que se propone ahondar desde el feminismo y los estudios culturales y de género en la dualidad buenas-malas. Los distintos capítulos de este libro someten a debate esta dualidad introduciendo otros paradigmas que desmontan la realidad de este destructivo binomio excluyente para la mujer. Este es sin duda el caso del brillante capítulo escrito por María García Lorenzo donde la autora nos adentra en la revisión paródica de la figura de Eva y el mito del Génesis en el relato “She Unnames Them” de Ursula K. Le Guin. Asistimos aquí a un sistemático desmoronamiento de la idea de objetividad del conocimiento científico y se hace evidente la importancia de nombrar y el discurso masculinista que prevalece en la clasificación de los seres vivos. En este sentido, tal y como demuestra García Lorenzo, la malvada Eva del patriarcado se transforma en una atractiva transgresora y responsable Eva que se convierte en una mala buena necesaria para rescatar a la mujer del opresor logos masculino. La maldad heredada por la mujer dentro del discurso patriarcal está sin duda en la introducción de la figura de la bruja en la cultura popular que analiza Marina Sanfilippo en la tradición folklórica del sur de Italia, centrando su atención en dos cuentos populares que sin duda hacen de este personaje uno de los más activos en la denuncia de la opresión de la mujer en el discurso patriarcal dominante en la cultura occidental. Cabe mencionar también el importante capítulo que Roxanne B. Marcus dedica al análisis de la novela *Susana y los viejos* de Marta Sanz argumentando que la novela desmonta la mirada masculina y cuestiona el orden moral establecido en la cultura occidental socavando los modelos de mujer y la doble moral con que la sociedad, española en este caso, aborda temas como la vejez o la enfermedad.

El interesante ensayo de Margarita Almela nos adentra también en la cuestión de la revisión de modelos añadiendo a esta cuestión un impecable estudio del intrincado y perverso aparato de control al que distintos intentos de rebeldía han sido sometidos en el discurso patriarcal. Como la autora nos muestra los estereotipos de maldad y bondad femenina han sido propuestos por una literatura mayoritariamente masculina que han

M. Almela; M. García Lorenzo y H. Guzmán (cords.) (2014). *Malas*. Madrid: UNED, pp.11-18 15

construido un discurso patriarcal donde estos se han convertido en esenciales siendo la originalidad de este capítulo la demostración de cómo el sistema patriarcal ha sido capaz de asumir nuevos estereotipos acordes con los cambios sociales contribuyendo, de este modo, a la línea revisionista de los modelos y el cuestionamiento de los criterios que los sustentan surgido del feminismo y los estudios de género. La fuerte imbricación de la visión misógina de las imágenes de la mujer dentro de la dicotomía mujer buena – mujer mala es analizada en una original aproximación al tema por Clara Martínez Cantón, quien pone en evidencia la rabiosa y preocupante actualidad del tema al analizar las letras del rap en relación con los modelos de mujer.

En esta misma línea de indagación de los modelos, el capítulo de Elisabetta Sarmati utiliza de manera inteligente el intertexto creado por Carmen Martín Gaité en *Retahílas* para hacer un recorrido literario de los distintos modelos asignados a la mujer (buena y mala) y su representación literaria. Raquel Aliaga Almela propone la constatación del cambio de percepción del modelo de la mujer buena o la mujer mala centrándose en el personaje de Cleopatra y su representación en las distintas versiones cinematográficas por ella analizadas. Victoria Navas, por su parte, nos proporciona un análisis novedoso de los personajes femeninos de la narrativa de la escritora portuguesa Virginia Victorino como mujeres emancipadas incorporando al debate la cuestión de la independencia económica de la mujer y las consecuencias personales de dicha emancipación. Aquí encontramos buenas mujeres fuertes que son demonizadas por el discurso patriarcal dominante que las nombra malas y por ello, caricaturizadas por ese mismo discurso patriarcal dominante, las mujeres de Victorino acaban en la malévola encrucijada de tener que elegir entre acogerse a patrones tradicionales o perecer.

La cuestión de revisión de modelos es también el punto de partida del importante ensayo de Carmen Dalmau, quien propone un trabajo de recuperación de mujeres artistas que no ajustaron su representación a los patrones oficiales marcados, entre otros, por Pablo Picasso o Julio Romero de Torres. Dentro de esta pluralidad de imágenes de mujer que no se ajustan a los modelos “oficiales” Marina Bianchi propone un estudio de la obra poética de Ana Rossetti como un mosaico de ángeles y demonios que sirven de reflexión sobre la complejidad y la ambigüedad de la sociedad de los años 80 y 90.

Particularmente desde las últimas décadas del pasado siglo, la mujer ha conquistado el espacio público y se ha incorporado plenamente al mundo del trabajo. Las distintas

conquistas sociales y políticas de finales de siglo XX y comienzos del siglo XXI hacen que se pueda afirmar que la mujer es hoy en día, al menos en el mundo occidental, ciudadana de pleno derecho, y no se cuestiona ya su identidad política y su posición social como sujeto. Dentro de este nuevo panorama encontramos nuevos paradigmas de mujeres buenas y malas que responden a otros arquetipos. Es interesante en este sentido el capítulo de Asunción Bernárdez porque nos ofrece un estudio de un nuevo modelo de heroína que surge, como argumenta la autora, en la literatura y el cine en la primera década del siglo XXI. Su interés reside en que son mujeres despreocupadas por los valores asociados a la feminidad tradicional que consideran nocivos como puedan ser el amor romántico o la apariencia física, pero asumen valores considerados positivos como el cuidado de los demás o la empatía con otras mujeres. El centro del argumento de este novedoso capítulo reside en su análisis de un cambio de representación que ofrece una posibilidad distinta a la tipología de lo que Bernárdez denomina heroína de acción, que según la autora del ensayo es fálica al aparecer como extremadamente femenina en su aspecto pero masculina en su comportamiento.

Este punto de inflexión de los nuevos modelos de mujer buena y mala constituye el epicentro del imprescindible capítulo de Ángeles de la Concha. Aquí la autora nos ofrece un análisis de la versión postfeminista de la histórica aspiración feminista a igualdad centrando la atención en lo que de la Concha describe como “preocupantes implicaciones inherentes al concepto de igualdad sexual que esta versión proclama”, en la saga *Crepúsculo* y la trilogía *Cincuenta sombras de Grey*.

Como muestran los capítulos de este volumen, la mujer ha conquistado, no sin dejar exquisitos cadáveres en el camino, la palabra y la posibilidad de proponer representaciones de imágenes de mujer buena y mujer mala distintos a los estereotipos tradicionales. Incluso, como pertinentemente explora Patricia Riosalido, gracias a la metaficción historiográfica, han dado voz a personajes históricos minimizados e incluso silenciados por la historiografía “oficial”. De este modo, Riosalido nos propone un análisis contrastivo de *Urraca* de Lourdes Ortiz y *Elizabeth, emperatriz de Austria-Hungría* de Ángeles Caso donde demuestra que el discurso autobiográfico elegido permite la deconstrucción de la versión oficial de personajes históricos. Esto supone un cambio radical: la realidad descrita por las mujeres no responde, en general, a la que han ofrecido tradicionalmente los hombres. Joan Ribera también nos ofrece un análisis contrastivo dentro de las letras catalanas de lo que él denomina protagonistas éticamente

M. Almela; M. García Lorenzo y H. Guzmán (cords.) (2014). *Malas*. Madrid: UNED, pp.11-18 17

malas o intencionalmente maldecidas, en contraste con una posible objetificación por parte de narradores masculinos.

Por último hemos de señalar que el libro nos ofrece unos capítulos únicos y excepcionales por contar con la colaboración de diversas escritoras que debaten y plantean la cuestión de buenas-malas en su obra y en su creatividad. Así, Juana Escabias repasa los aspectos esenciales de sus creaciones literarias desde la óptica feminista, incluyendo comentarios de diversos investigadores sobre su estilo y la temática de la mujer buena y la mujer mala. Por su parte, Lourdes Ortiz nos propone una reflexión sobre la inversión de modelos que se aprecia en las series populares de televisión y su impacto en la percepción de la nueva mujer buena o mujer mala. Eugenia Rico renuncia a hablar de mujer “mala” y desde la bondad nos adentra en un abrumador análisis de la “mujer maldita” en la literatura. Por último, Carmen Resino nos adentra en la relación creativa que establece con sus personajes desgranando su preferencia por personajes femeninos fuertes y luchadores que salen de la ortodoxia tradicional y que por tanto nombra como “chicas malas” tanto en su teatro como en su narrativa.

La complejidad de la cuestión buenas-malas queda patente en la diversidad de los capítulos que componen este libro. La novedad del proyecto y el riguroso análisis que aquí se ofrece asegura que su lectura no nos dejará indiferentes.

Ana Zamorano